

EN DEFENSA DE LA ESCUELA NACIONAL DE ECONOMIA*

“Voy a terciar en esta discusión con absoluta franqueza, amparado por mi independencia de criterio, ya que no soy ni he sido profesor en la Escuela de Economía. Cuando ésta fue creada me encontraba ausente del país; pero como me he dedicado desde hace más de diez años exclusivamente al estudio de la ciencia económica y de los problemas mexicanos, tengo vivo interés por el asunto que se discute y deseo expresar mis opiniones sobre el plan de estudios propuesto por el licenciado Palacios Macedo.

Cuando se estudia la historia de México sobre todo la historia económica de México, se recibe a veces la impresión de que nuestro país ha sido una nación gobernada en ocasiones por gente desequilibrada o de una fantástica ignorancia. Si se examina, por ejemplo, la historia de nuestro comercio exterior, hay numerosos casos que revelan una impreparación impresionante de la mayoría de nuestros Secretarios de Hacienda; y algo semejante puede decirse tratándose de nuestra política agrícola, minera e industrial. Incoherencia y desorientación en todas partes y si se piensa que si a través de la historia de México hubiese habido consejeros técnicos, economistas, como ya los había en otros países, y si sus indicaciones hubieran sido atendidas, tal vez se hubiesen evitado muchos de nuestros fracasos y de nuestras experiencias dolorosas. La falta de técnica y de conocimientos siquiera elementales han sido factores no despreciables en los desastres financieros y económicos de la patria.

Todavía ahora —yo siempre digo las cosas en forma directa— nuestra ignorancia es pavorosa. En estos momentos está celebrando sus sesiones un congreso de economía, que tiene por objeto, según se afirma, estudiar los grandes problemas económicos de México, problemas verdaderamente complejos y de difícil solución. Para discutir tales cuestiones han venido

* Discurso pronunciado en Sesión del Consejo Universitario, en julio de 1930.

representantes de cámaras de comercio de lugares pequeños y lejanos, que probablemente regentan misceláneas o tiendas de ropa hecha, de más o menos importancia y hay una representación de los consumidores de energía eléctrica. No parece sino que sus organizadores juzgan que sólo el propietario de un pequeño comercio está capacitado para discutir nuestros problemas económicos. Estos organizadores están en la misma situación de la gente de la Edad Media, que veía con suma naturalidad al barbero ejerciendo funciones de cirujano.

No se necesita esgrimir muchos argumentos para que se vea con toda claridad la necesidad de preparar técnicos en economía. No es un lujo que la Universidad sostenga esa carrera; es cumplir con su misión, es llenar un vacío en la cultura nacional, evitando así en el futuro nuevos e irremediables males a la nación.

Aquí he oído hablar — confieso que con un poco de sorpresa — de la similitud de actividades entre el economista y el contador, entre el economista y el abogado. Estas son totalmente diversas. ¿Qué tienen que ver, pongamos por caso, el abogado y el contador con el estudio de los precios, de los fenómenos del cambio o de los salarios de las clases trabajadoras? ¿Y no es cuestión importante estar preparado para estudiar tales problemas? ¿Puede emprender esos estudios honradamente, con plena conciencia de su responsabilidad, una persona salida de la Escuela de Derecho o de la de Comercio? Las respuestas tienen que ser completamente negativas.

Las funciones del abogado y del contador son incuestionablemente respetables, pero es necesario, es urgente que no se confundan con las del economista. Es indispensable que hagamos esfuerzos para salir de la confusión en que vivimos.

Ahora bien, se ha hablado también aquí de que los alumnos que obtengan el grado de licenciados en economía no podrán satisfacer sus necesidades elementales por falta de lugar en la sociedad. El error es lamentable. A este respecto, quiero concretarme a referirles mi experiencia personal. Desde hace algunos años he tenido a mi cargo oficinas destinadas a llevar a cabo estudios de carácter económico.

Primero participé en la organización de los Bancos Agrícolas Ejidales y muy a menudo tropezábamos con la dificultad de no encontrar personas preparadas en economía que fueran a ayudarnos al desempeño de las labores que teníamos encomendadas. Más tarde estuve encargado de la Dirección de Estadística Económica. Mis dificultades fueron grandes porque no encontraba quien pudiese colaborar conmigo eficazmente; los empleados

eran burócratas rutinarios y de preparación deficiente; necesitaba no abogados ni contadores sino economistas capaces de interpretar los fenómenos sociales sintetizados en los cuadros estadísticos. Un año después se me encomendó la organización de la Biblioteca y Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público; idéntico problema. Se hizo necesario improvisar empleados a falta de economistas técnicos. Claramente se puede ver que para organizar una biblioteca económica no se necesitaba de abogados o contadores, sino precisamente economistas. Por último, tengo a mi cargo actualmente la Oficina de Estudios Económicos de los Ferrocarriles Nacionales de México. El problema subsiste, necesito economistas y no los encuentro, porque las personas que hay en México preparadas en esta materia son tan escasas que todas tienen acomodo, disfrutando de buena situación personal.

Entre los estudios que se me han encomendado está el examen de las tarifas de ferrocarriles, se trata de hacer un examen serio, ponderado, con clara visión económica de los problemas de la nación y, para emprender esta ardua y compleja tarea, no es necesario un abogado ni un contador; son necesarios economistas y únicamente economistas.

Por otra parte, cada día crece la demanda de las personas preparadas en esa disciplina y cada día, por reforma, se tiene más conciencia de ello. Yo creo que no pasará mucho tiempo para que las grandes industrias del país tengan que llamar a los economistas a que las asesoren. Desde luego la tarea ya está iniciada.

Como dato interesante podemos citar el hecho de que hace apenas cuatro años no figuraban plazas de economistas en el Presupuesto de Egresos del Gobierno Federal; pero a partir de mil novecientos veintinueve ha sido necesario establecerlas, se ha creado la plaza porque existe la necesidad.

Sostengo, pues, que es absolutamente indispensable, una necesidad de carácter nacional, que continúe la carrera de economista, y que éste no será un parásito social sino un factor afirmativo en el progreso de México.

Se ha dicho aquí que el economista no podrá lucrar. No creo que el objeto de una profesión sea lucrar; esto es una idea retardataria del individualismo del siglo pretérito. El objeto de una profesión no es el lucro, sino prestar servicios de carácter social, ser útil a la colectividad. Yo no sé si el economista podrá enriquecerse rápidamente y poseer automóviles de veinte mil pesos; eso no importa a la sociedad, lo importante es que el economista se prepare eficientemente para que llegue a ser un elemento

que contribuya a salvar a esta patria tan desdichada y tan digna de suerte mejor.

Tener como ideal supremo hacer una carrera para enriquecerse, para convertirse en un comerciante, en un explotador, es algo que causa pena siquiera pensarlo, porque es pequeñez y mezquindad. La Universidad Nacional Autónoma sabe muy bien que su misión consiste en crear la alta cultura nacional y en producir hombres de ciencia desinteresados y generosos que sean elementos de importancia en el progreso de la humanidad.

En las mejores universidades del mundo existe la carrera de economista. La Universidad Nacional Autónoma debe desarrollarse paralelamente a esos grandes centros de cultura mundial. No hacerlo así sería resignarnos a marchar a la retaguardia de la civilización".

LA ESCUELA NACIONAL DE ECONOMIA*

Palabras pronunciadas por el Lic. Jesús Silva Herzog, al tomar posesión de la Dirección de la Escuela Nacional de Economía.

Señoras y señores:

Es indudable que vivimos momentos de intensa inquietud en todos los países del mundo; es indudable que viejos ideales que habían servido de norma a la conducta de los hombres y de los pueblos durante varios siglos, se encuentran en estos momentos en seria y grave crisis. Los principios y los valores creados desde el Renacimiento parece que se hallan poco menos que en bancarrota, parece que se hallan a punto de fracasar completamente. Europa se encuentra agitada y en ruinas a causa de una guerra explicable, pero absolutamente injustificada desde el punto de vista de los grandes intereses humanos. Inglaterra afirma que lucha por defender la democracia y la libertad; Inglaterra lucha por defender su predominio económico en el mundo. Francia, la noble Francia, que aportaciones tan valiosas ha realizado a la cultura y a la civilización del mundo, se halla oprimida y deshecha, deshecha y oprimida en lo político, en lo económico y en lo social. Los países totalitarios afirman que luchan por nuevas normas de vida, por el establecimiento de nuevas fórmulas políticas, pero por lo que podemos observar si triunfaran esas nuevas tendencias, el mundo estaría amenazado de entrar en una etapa histórica de intransigencia, de fanatismo y de crueldad. La Unión de Repúblicas Soviéticas que ha realizado una experiencia indudablemente trascendental en la evolución de los

* Julio de 1940; *Revista de Economía*.

pueblos, se encuentra acechando el momento oportuno para luchar por el triunfo de principios e ideales que defiende.

En medio de toda esta situación inquietante y desmoralizadora, en medio de todo esto, no parece sino que se ha olvidado lo que no debe olvidarse: se ha olvidado al hombre. El hombre que había creído haber realizado conquistas definitivas, se encuentra desorientado, sin fe y sin rumbo fijo. La historia de los pueblos no es en el fondo sino un anhelo del hombre para hacer menos desventurado al hombre, para hacer más dichoso al hombre sobre la tierra; y a menudo ocurre que una vez que se ha planeado un sistema para hacer feliz al hombre se olvida la finalidad; el hombre se olvida del hombre y se le hace esclavo del sistema con que soñó hacerlo dichoso.

Estamos pues, en un momento de transición en la historia del mundo. Parece que de esta catástrofe que nos agobia surgirán nuevas fórmulas de vida, una estructura económica nueva, una concepción más racional y más humana de la existencia sobre este grano de arena en que moramos. ¿Y bien, qué es lo que podemos decir, qué es lo que podemos pensar de nuestro México? Pensamos, desde luego, que México no puede evitar la influencia de lo que está aconteciendo en el mundo; lo que está aconteciendo en el mundo tiene que traducirse en hechos determinantes, transformadores también de la vida y del porvenir de México. México no está aislado. Lo que ocurre en Europa y lo que ocurra en países distantes, tendrá que afectar, querámoslo o no, a nuestro país.

México es un país paradójico. Encontramos contradicciones en todas partes. Si se trata de sus condiciones geográficas, encontramos paradojas en todas partes. Las montañas de México son hermosas y azules, pero significan un obstáculo a las comunicaciones. Los ríos de México forman bellas cascadas que el viajero admira, pero sus cauces forman torrentes bravíos que hacen imposible la navegación. Nuestras costas son extensas, nuestros mares llenos de belleza están, pero no tenemos puertos naturales en el Golfo, casi no los tenemos en el Pacífico, y no podemos desenvolver con facilidad nuestro comercio exterior. Y el mexicano es también paradójico. Tiene grandes virtudes y tiene grandes defectos. A veces no sabe vivir pero siempre cuando llega el caso, sabe morir con abnegación y dignidad.

México tiene numerosos problemas que resolver, problemas que se han ido acumulando a través de varias décadas y a los cuales no ha sido posible hallarles la adecuada solución. El problema fundamental de México, lo he dicho no una sino muchas veces y no es malo repetirlo, el problema

fundamental de México es hacerlo. México es un país, indudablemente, en un sentido geográfico-político; mas no es una nación en auténtico sentido económico y sociológico, no es una nación en el sentido de que los componentes de ella tengan lazos de simpatía, comunidad de intereses e ideales comunes. Pero además de este primordial problema, hay, claro está, una serie de grandes problemas de que hablaba hace poco el Presidente de la Sociedad de Alumnos. Problema agrario, problema agrícola, problema minero, problema de sanidad, problema industrial, problema de comunicaciones, problemas de educación elemental, de educación superior, de nutrición del pueblo mexicano, de abastecimiento de agua potable en la inmensa mayoría de las poblaciones de México. Y he dicho mal porque he usado el singular. Debemos usar el plural. Debemos hablar de los problemas agrícolas de México, de los problemas agrarios de México, de los problemas de comunicaciones de México, de los problemas educativos de México. ¿Por qué? Porque son muy diversos los problemas agrícolas del norte de Sonora a los de nuestro trópico exuberante. Porque son muy distintos los problemas educativos en la península yucateca de los problemas educativos en las montañas de Guerrero o en las llanuras de Chihuahua. Por eso hay que hablar en plural y tener presente que ningún problema podríamos resolverlo con eficacia si tratáramos de hacerlo con una sola fórmula escueta y simple. ¿Cuál de estos problemas es el más importante? Algunos dicen: el racial; otros dicen: el problema educativo; es muy difícil formular afirmaciones categóricas porque no se han inventado balanzas de precisión para medir las necesidades de los pueblos. Pero de todos modos hay que insistir. México no ha resuelto ninguno de sus problemas vitales, es una nación que está por hacerse. Y, ante todo, tratándose de la resolución de estos problemas en primer lugar, hay que conocerlos, estudiarlos, porque —amargo es decirlo— no los conocemos bien todavía, no nos lo ha permitido la incomprensión de los políticos en el poder. Se oye a menudo hablar de los problemas de México y la inmensa mayoría de los que de ellos hablan jamás han ocupado tres horas de su vida en meditar y en estudiarlos. Lo que se necesita es estudiar e investigar para conocerlos; lo que se necesita es saber lo que debemos hacer. ¿Y cómo conocer los problemas de México? ¿Y quiénes pueden conocerlos?

Los problemas de México se pueden conocer no sólo a través de los libros escritos, sino a través del trabajo paciente, de laboriosas investigaciones directas. ¿Y quién puede hacerlo? Lo puede hacer el que tiene preparación cultural para ello, el que tiene anhelos superiores de servir a su país. El lugar donde se preparan los técnicos, y hasta estos momentos el

más importante, donde se preparan los hombres de ciencia que deberán estudiar los problemas nuestros, es la Universidad Nacional Autónoma de México.

Y aquí se presenta el problema de la Universidad. ¿Qué es una universidad? Es una institución superior de cultura en la cual se imparten conocimientos sobre las diferentes ramas del saber humano; una universidad está formada por su rector, por sus autoridades, por su cuerpo de profesores, por sus alumnos, por sus laboratorios y por sus bibliotecas. La Universidad Nacional de México tiene su rector, sus autoridades, sus profesores, algunos muy buenos y muy eminentes profesores. Otros muchos menos buenos y hay también malos profesores. Los profesores buenos podrían ser todavía mejores si hubiera posibilidad para ellos de serlo. ¿A qué posibilidad me refiero? A la económica. El profesor universitario da clases por amor a la Universidad. Es tan exigua la paga que recibe que muchas veces no le basta siquiera para comprar los libros que necesita para impartir su clase. Un profesor de la Universidad Nacional es un hombre respetable, entre otras razones, porque se está sacrificando en provecho de la alta cultura en la República.

La universidad tiene estudiantes. Los estudiantes no estudian lo que debieran. Para que la universidad cuente con un profesorado idóneo se necesita que la actividad del maestro universitario esté bien remunerada con objeto de que dedique todo su tiempo a la universidad.

Los estudiantes necesitan estudiar si tienen conciencia de su responsabilidad. Para estudiar necesitan interés y voluntad, necesitan pensar que la finalidad de su esfuerzo es servir lealmente a su país.

La Universidad Nacional Autónoma de México tiene laboratorios. Los laboratorios son en la inmensa mayoría de los casos, hay excepciones alentadoras, los laboratorios de la Universidad son laboratorios pobres. No hay dinero para montar laboratorios como lo exigen las necesidades actuales de la investigación científica. Tiene bibliotecas. Las bibliotecas, algunas, como la Nacional, fue rica en tiempos pretéritos, tal vez hasta el año de 1860. A partir de entonces se ha ido empobreciendo cada día. Todas las otras bibliotecas son pobres también; y una universidad sin buenos laboratorios y sin buenas bibliotecas no es una universidad, es en el mejor de los casos una institución educativa que tiene que andar despacio y cojeando. Por eso uno de los problemas vitales de México, del conocimiento de México, o uno de los problemas iniciales para comenzar a resolver los problemas de México, es poder impartir con eficiencia la cultura superior. Esa cultura superior se imparte en la Universidad y la Universidad necesita incre-

mentar sus ingresos. Si la Universidad no incrementa sus ingresos, no podrá servir como debiera a la nación.

Conviene insistir, que es una cosa que a menudo se olvida y de que pocas veces se habla. El progreso de los pueblos se hace en los laboratorios. Hay que insistir en que si queremos construir un México mejor es necesario perfeccionar y generalizar la cultura superior. La Universidad debe insistir en que se mejoren sus condiciones financieras, a la vez que cumplir con esmero sus obligaciones sociales. La Universidad debe producir en 1940, profesionistas de tipo distinto a los que produjo al finalizar el siglo pretérito. Ya no profesionistas liberales sino hombres de ciencia que vayan a crear el México de mañana. Debe producir profesionistas no para que éstos tengan como mira fundamental de su vida enriquecerse, sino servir a los intereses del país, a los intereses del pueblo de México, porque si la Universidad no puede producir profesionistas que vayan a servir a México y encontrar las fórmulas adecuadas para resolver nuestros problemas de tal manera que dejemos de ser un país de mineros hambrientos, sino un pueblo que viva con decoro; si no pudiera servir esos intereses, entonces la Universidad no sabría cumplir con la misión que se le ha encomendado y no tendría derecho a existir como institución superior de alta cultura.

En la Universidad está la Escuela Nacional de Economía. La Escuela de Economía tiene su parte en el trabajo constructivo de México. La Escuela de Economía debe producir economistas, jóvenes que hayan adquirido una terminología económica, un criterio económico, que hayan analizado los problemas de México. La Escuela Nacional de Economía debe producir economistas. Debe producir economistas con un profundo sentido de responsabilidad. El economista tiene que ser uno de los constructores del México futuro. De la Escuela de Economía deben salir las brigadas que hagan posible que México supere a México. Pero hay que tener noción clara de responsabilidad, noción clara del cumplimiento del deber. No deben venir a la Escuela de Economía, no deben permanecer en ella, aquellos que piensen que han venido aquí a ganar un título para enriquecerse con la mayor rapidez posible. Esos deben ir a otra parte. Hay muchos caminos para enriquecerse con facilidad. A la Escuela de Economía deben venir con la conciencia clara de que van a ser constructores de México, que van a servir los intereses del pueblo de México; que la finalidad de su vida es una finalidad superior, y no la finalidad mezquina de encontrar mañana la manera de vivir a base de la explotación de sus semejantes. La Escuela de Economía debe crear una conciencia de respon-

sabilidad en sus alumnos, de limpieza moral, de honradez, porque si no, no tiene razón de ser la Escuela de Economía. De manera que es necesario que el estudiante de nuestro plantel tenga un concepto limpio, generoso y levantado de su función social; deberá ser factor afirmativo en el progreso de México y de la humanidad.

EL DESARROLLO DE LA ENSEÑANZA DE LAS CIENCIAS ECONOMICAS EN MEXICO, 1925-1953*

Antecedentes

A partir del año de 1925, un grupo de licenciados en derecho y de economistas autodidactos se preocuparon por estimular los estudios económicos en México, al darse cuenta de que el país, después de la Revolución, exigía la formación de técnicos y científicos que contribuyeran a concretar la política económica que encauzara a la nación por rumbos nuevos, de conformidad con las necesidades de la hora y las corrientes del pensamiento contemporáneo.

El primer paso de importancia que se dio a tal propósito fue la organización en el año de 1928 de la Biblioteca y de los Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Dicha biblioteca, con un acervo de algo más de cinco mil volúmenes, abrió sus puertas a los lectores el 1º de octubre del año citado. Los servicios prestados por esta institución a los estudiosos de las ciencias económicas durante 25 años han sido de enorme significación. Allí se encuentran, generalmente, las últimas novedades de los autores de mayor prestigio en el campo de nuestra disciplina, tanto en español como en inglés, francés e italiano, sin que falten algunas obras escritas en lengua alemana. En la actualidad la biblioteca cuenta con cuarenta y dos mil volúmenes sobre temas económicos, además de un Departamento de Historia, otro de Legislación y la Hemeroteca, donde pueden consultarse los periódicos y las revistas especialistas de un buen número de países.

Los Archivos Económicos constan de recortes de periódicos con noticias en todas las ramas del desarrollo económico, nacionales y extranjeras, de-

* 1953: *El Trimestre Económico*.

bidamente clasificadas. Su número pasa en estos momentos de siete millones, de valor inestimable para algunos trabajos de investigación.

Como dato interesante, debemos consignar el hecho de que en la Biblioteca de Hacienda se fundó a fines de ese año de 1928 el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, nacido al calor del entusiasmo de esos licenciados en derecho y economistas autodidactos a que arriba se hace referencia. No fue mucho lo que entonces pudo realizarse. Sin embargo, se publicaron cuatro números de la *Revista Mexicana de Economía*, que apareció trimestralmente y en la cual se analizaron buen número de problemas relativos a la economía nacional. De ese grupo de entusiastas economistas, la mayor parte jóvenes entonces, nació la idea de fundar en México una escuela dedicada a la enseñanza de la Economía.

La Escuela Nacional de Economía

En los comienzos de 1929, siendo rector de la Universidad de México don Antonio Castro Leal y director de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales don Narciso Bassols, se fundó, adscrita a esa Facultad, la Sección de Economía. Los primeros pasos fueron extremadamente difíciles por la falta del número necesario de profesores y en ocasiones aun de alumnos, como en el año de 1930, en que sólo hubo un estudiante inscrito. En más de una ocasión estuvo a punto de ser clausurada la Sección de Economía, tanto por las deficiencias antes anotadas como por la ofensiva de ciertos grupos profesionales que veían posibles competidores en los futuros economistas. No obstante, se fueron venciendo lentamente las dificultades que a veces parecieron insuperables. Se superó la escasez de profesores y el número de alumnos aumentó año tras año. A fines de 1934 y a principios de 1935 sustentaron su examen profesional y obtuvieron su título los primeros cuatro licenciados en Economía.

Desde luego, al crearse la Sección de Economía en la Facultad de Derecho primero y posteriormente la Escuela Nacional de Economía, los estudios se orientaron desde un principio en el sentido de dar una absoluta preponderancia a las disciplinas propiamente económicas, quedando como materias complementarias algunas nociones sobre asuntos contables y estadísticos, y sólo una asignatura sobre nociones generales de Derecho.

En 1935, gracias al interés y al entusiasmo de don Enrique González Aparicio, la Sección de Economía de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales se transformó en la Escuela Nacional de Economía, centro de enseñanza independiente dentro de la Universidad de México. A partir

de entonces quedó asegurado su desenvolvimiento; se elaboró un nuevo plan de estudios; se reforzaron sus cuadros de profesores y de estudiantes; y lo más importante de todo consistió en la precisión de sus propósitos, en la fijación de las metas a conquistar y en la idea clara y generosa de hacer del economista un profesional al servicio de su patria.

El año de 1940 se organizaron los laboratorios y el Instituto de Investigaciones Económicas, con el objeto de ayudar a los estudiantes a conocer las fuentes de información económica, de capacitarlos para analizar estadísticas y elaborar pequeñas monografías y en la preparación de su tesis profesional. Los resultados hasta ahora de esos dos organismos adscritos a la Escuela Nacional de Economía pueden considerarse satisfactorios, aun cuando se reconoce la necesidad de fortalecerlos con nuevos elementos financieros y humanos. Debe también hacerse mención de la revista *Investigación Económica*, publicación trimestral cuyo primer número apareció en los comienzos de 1941 y no ha dejado de publicarse hasta la fecha. Dicha revista es un órgano de divulgación de la propia Escuela. Finalmente, hay que hacer referencia a la Biblioteca y a la Hemeroteca, que cuentan con algunos miles de volúmenes para uso del alumnado.

Las dificultades de los primeros años han sido en buena parte superadas. Muchos de los actuales profesores son egresados de la escuela, algunos de ellos con estudios posteriores en Universidades de los Estados Unidos y de Europa; la inscripción anual de estudiantes pasa de trescientos, y el número de graduados hasta la fecha es, en números redondos, de ciento sesenta. En estos momentos se tiene la idea de establecer el Doctorado en Economía, tal vez desde el año próximo, consistente en dos años más de estudios para los licenciados que deseen ampliar y profundizar sus conocimientos.

Fuentes de trabajo

A los animadores de los estudios económicos en México se les presentó desde luego el problema de abrir fuentes de trabajo para los jóvenes economistas; y debido al entusiasmo y al esfuerzo de tales animadores se estableció por vez primera en 1930 en la Universidad Obrera y Campesina, que tuvo vida muy corta, un pequeño departamento de investigaciones económicas. Dos años más tarde se organizó la Oficina de Estudios Económicos de los Ferrocarriles Nacionales de México, con un personal de veinticinco economistas y estudiantes de la licenciatura.

Después, a partir del año de 1933 se establecieron departamentos de

investigaciones económicas en la Secretaría de la Economía Nacional, en la de Hacienda y Crédito Público y en otras dependencias del Ejecutivo Federal; y siguiendo ese ejemplo también se organizaron centros de estudios similares en el Banco de México, en el Banco Nacional de Comercio Exterior, en la Nacional Financiera y en otras instituciones de crédito tanto oficiales como privadas.

En la actualidad, la demanda de servicios del economista en México es superior a la oferta, lo cual ha traído como resultado que sean en estos momentos los profesionistas mejor remunerados. Algunos de los egresados de la Escuela Nacional de Economía, ocupan ahora puestos de alta responsabilidad técnica y administrativa en el Gobierno Federal, en los bancos y en algunas industrias privadas. Hay casos aislados de economistas que trabajan como consultores de entidades particulares o como gestores de negocios, dentro de la tradición del profesionismo liberal.

El problema para México en cuanto a los estudios que ocupan nuestra atención, estriba en preparar cada vez economistas mejores por la amplitud y profundidad de sus conocimientos y en número suficiente para influir con eficacia en el correcto desarrollo de la economía de la nación.

El Fondo de Cultura Económica

Un pequeño grupo de profesores de la licenciatura de Economía, a iniciativa de don Daniel Cossío Villegas, resolvieron en el año de 1934 fundar una pequeña editorial para poner al alcance de los estudiantes de ciencias económicas, en lengua española, los libros escritos por especialistas en otros idiomas, para facilitar así el aprendizaje de nuestra disciplina. La editorial comenzó a trabajar con un capital de \$22,500. En este año de 1953 ese capital sobrepasa los 6 millones de pesos y el Fondo de Cultura Económica es en nuestros días una de las editoriales más importantes de la América Latina. Los servicios prestados por ella a la cultura de nuestros países son bien conocidos por todos los estudiosos de nuestra América. El éxito de la empresa en cuestión, éxito extraordinario, se explica por la ayuda del Gobierno de México, por la selección de las obras publicadas y porque el cuerpo de directores prestan sus servicios gratuitamente y nadie percibe utilidades.

Otorgamiento de becas para estudiar en el extranjero

Algunos profesores y ex profesores que al mismo tiempo ocuparon altas funciones públicas de 1935 a 1947 resolvieron utilizar su influencia para

enviar a perfeccionar sus estudios en universidades norteamericanas e inglesas a cierto número de pasantes y licenciados en Economía que se habían distinguido a lo largo de sus estudios. Esto se inició en 1940, y puede decirse que los resultados han sido plenamente satisfactorios y que superaron en mucho las esperanzas de los patrocinadores. Alrededor de cincuenta becarios que asistieron a las cátedras de economistas eminentes en varias universidades norteamericanas y en la Escuela de Economía y de Ciencias Políticas de Londres han regresado al país, contándose muchos de ellos entre los economistas mexicanos mejor preparados.

Un breve resumen

Puede decirse que el pequeño núcleo de autodidactos y de licenciados en derecho de 1925 a que arriba se hace referencia y a cuya generación pertenece el autor de este breve trabajo tiene en su abono en cuanto al fomento de los estudios económicos en México lo siguiente: primero, la fundación de la licenciatura de economía; segundo, la creación de fuentes de trabajo para el economista; tercero, la organización del Fondo de Cultura Económica; y cuarto, el envío de becarios al extranjero. Ahora toca a los egresados de la escuela, algunos que rebasan ya la edad de cuarenta años, perfeccionar y superar la obra realizada por los pioneros de tan útil empresa.

Los problemas actuales

No debe pensarse por lo expuesto hasta aquí (no lo pensamos los profesores de la Escuela Nacional de Economía) que todo marcha como máquina bien ajustada y que ya no hay nada por hacer. Muy lejos de ello, aún falta mucho para alcanzar las metas anheladas. No obstante el esfuerzo entusiasta y permanente, las deficiencias son notorias. Faltan profesores bien remunerados que dediquen todo su tiempo o la mayor parte de su tiempo a la enseñanza. Los sueldos que reciben son gratificaciones que en muchos casos no bastan para comprar los libros que necesitan; y como para ganarse la vida ocupan su tiempo en otra actividad, no siempre pueden preparar sus cursos eficientemente ni están al día en la materia que imparten.

Debe agregarse que también faltan alumnos que sean estudiantes y nada más que estudiantes. Las clases en la Escuela de Economía se dan

de ocho a nueve de la mañana y de cinco y media de la tarde en adelante. La mayor parte de los jóvenes inscritos trabajan de seis a siete horas diarias y, lógicamente e inevitablemente, no disponen del tiempo de que han menester para dedicarse de lleno a los estudios. Sólo el espíritu de sacrificio de los profesores y el interés del alumnado explican los resultados modestos de que podemos con humildad ufanarnos los viejos maestros de la Institución.

Pero somos optimistas. Creemos que al pasarse la Escuela a su flamante local en la Ciudad Universitaria, al disponer de más amplios recursos la Universidad Nacional Autónoma de México, será posible contar con profesores bien pagados y de tiempo completo; será posible establecer una Escuela diurna, sin suprimir la nocturna, y el otorgamiento de becas a estudiantes pobres para que dediquen todo su tiempo a sus trabajos escolares; será posible, además, ampliar de manera considerable los trabajos del Instituto de Investigaciones Económicas, adscrito a lo que será entonces la Facultad Nacional de Ciencias Económicas, puesto que no sólo estará autorizada para conceder el título de licenciado, sino también tendrá la facultad de otorgar el grado de doctor en Economía.

HOMILIA PARA FUTUROS ECONOMISTAS*

En busca de una definición

Nadie puede negar que han existido y existen numerosos fenómenos económicos en todas las sociedades, ni tampoco que tales fenómenos obedecen a causas determinadas. Si un fenómeno se repite muchas veces y de igual manera, es obvio que obedece a la misma causa. Entonces es posible descubrir los principios o las leyes que explican la causa y los fenómenos correspondientes. De lo anterior se deduce lógicamente que la Economía es una ciencia. Pero ¿qué clase de ciencia es la Economía? Aquí se impone ensayar una respuesta.

El economista francés Juan Bautista Say, opinaba que la Economía debía ser objetiva, concreta, teórica y descriptiva; que debía exponerse fríamente cómo se producen, se distribuyen y se consumen las riquezas, y nada de sermones. Por su parte el ginebrino Juan Carlos Leonardo Sismondi, escribía que la Economía es una ciencia moral y que su objeto no es la riqueza sino el bienestar físico del hombre. Y a su vez el inglés Guillermo Stanley Jevons, decía textualmente: "La Economía debe tener un carácter tan matemático como las ciencias físicas... En mi opinión nuestra ciencia ha de ser matemática, sencillamente porque se ocupa de cantidades".

Claramente se distinguen las opiniones divergentes de los autores citados. Say fue un economista clásico liberal y creyente en la existencia de leyes naturales reguladoras de la vida económica; Sismondi puede clasificarse como crítico social, moralista y precursor del historismo, escuela que afirmaba categóricamente que las leyes de la Economía no son naturales sino históricas; y Jevons fue uno de los primeros marginalistas, junto con Menger y Walras. El marginalismo, que tanto éxito ha tenido en la historia de las doctrinas económicas, es una mezcla de ingredientes

* 1956; *Cuadernos Americanos*.